

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE DRAMA

REGISTRO DE REPRESENTANTES

LOS LACAYOS LADRONES

de: Lope de Rueda

MADRIGALEJO, lacayo, ladrón - MOLINA, lacayo - ALGUACIL
UN PAJE

- MADRIGALEJO: Reñego del gran Taborlán y de todos sus consortes y bien allegados, y de toda la canalla que rige y gobierna la infernalísima barca del viejo y carcomido Carón, que si entre las manos le tomo adaqueel que semejante palabra y afrenta de la boca se le soltó, si á puros papirotazos no le convierto el pellejo en pergamino virgen.
- MOLINA: Por cierto, ello fué palabra muy malsonante, señor Madrigalejo.
- MADRIGALEJO: ¿No le parece á vuestra merced? ¿Cómo es su gracia, señor?
- MOLINA: Señor, Molina, para su servicio.
- MADRIGALEJO: ¿Es bien, señor Molina, que digan de mí semejantes palabras? ¿Hombre era yo que le había descalfar su bolsa? ¿Faltábanme á mí dos pares de reales entre amigos?
- MOLINA: Por Dios, señor, yo no creo tal, y pésame de que vi que os trataban mal y acudían tantos contra vos.
- MADRIGALEJO: ¿De dónde bueno es vuestra merced, señor Molina?
- MOLINA: Señor, de Granada.
- MADRIGALEJO: Ahí tuve yo una pasión de hartó quilate.
- MOLINA: ¿Y con quién, señor?
- MADRIGALEJO: Contra la Justicia, cuando menos.
- MOLINA: ¿En qué tiempo?
- MADRIGALEJO: Ahora ha cinco años.
- MOLINA: ¡Ta, ta, pecador de mí!; ya se me acuerda. En verdad que le hicieron á vuestra merced hartó agravio allí entonces de parte de la Justicia.
- MADRIGALEJO: Ya sé dónde va.
- MOLINA: Sí, sí, cuando le levantaron á vuestra merced que le habían hallado una noche y encima de un caballete en casa del chantre.
- MADRIGALEJO: Tiene razón, pero ¿qué monta?; que si ellos supieran entonces á qué iba, de aquella hecha me ponían de la gorra como calabazón en garabato.
- MOLINA: Decían que le habían tomado con una antepuerta y con un capote guardescido de un lacayo del mismo dueño de la casa.
- MADRIGALEJO: Así es la verdad, que como no pude habelle á las manos para matalle, cogíle, por vengarme lo primero que me vino á la mano.
- MOLINA: Ya, ya, ya; y an por eso decía el pregonero: "¡A este hombre por ladrón!"
- MADRIGALEJO: ¿Vió vuestra merced mejor ánimo de hombre en los días de su vida quel que yo llevaba encima de aquel asno, con ser el verdugo el mayor enemigo que tuve en toda aquella tierra.
- MOLINA: Es la verdad.
- MADRIGALEJO: Tan encarnizado le ví contra mis espaldas, que dos ó tres veces estuve para descabargar del asno y no aguardalle más.
- MOLINA: Pues ¿por qué no lo hacía, señor?
- MADRIGALEJO: ¿Por qué diz, que no lo hacía? Porque iba atado, pecador de mí.
- MOLINA: Yo me espanto cómo no murió de aquella hecha, según llevaba las espaldas.
- MADRIGALEJO: ¡Cómo en aquellas refriegas se ha visto el pobre de Madrigalejo!
- MOLINA: Es verdad, que ansí lo decían, que otras dos veces le habían dado cien azotes.

272

Seminario de Drama

C.3

CASA

21

4/11/44/06
MS



Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Escuela de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

108201

ms
c.2

- MADRIGALEJO: Juro á tal que la mayor mentira del mundo, y que al bellaco que tal inventó le haga conocer, de mi persona á la suya, que miente como un grandísimo tacaño.
y el que dijere que me dieron cien azotes también miente.
- MOLINA: ¡Cómo, señor, pues lo vimos tantos!
- MADRIGALEJO: ¡Contaron vuestras mercedes los azotes que me dieron?
- MOLINA: ¡Para qué se habían de contar?
- MADRIGALEJO: Pues dígame ahora: veinte y cinco paradas de cuatro en cuatro ¿cuántos son?
- MOLINA: Ciento.
- MADRIGALEJO: Pues voto á tal, que no daba vez vuelta ó corcovo con el cuerpo que no le echase al verdugo un azote de clavo. Mire vuesa merced si en ciento si no fueron más de quince de menos.
- MOLINA: No hay duda, sino que así.
- MADRIGALEJO: Pues ¿cómo se puede decir con verdad, que me dieron cien azotes, faltando al pie de veinte? Tampoco lo que el hombre no sufre por su voluntad no se puede llamar afrenta. Comparación: ¿qué se me da a mí que llamen á uno cornudo, si la bellaquería está en su mujer, sin ser él consentidor?
- MOLINA: Tenéis razón.
- MADRIGALEJO: Pues ¿qué afrenta recibo yo que me azoten, si es contra mi voluntad y por fuerza? Más disimúlese, que aquel paje viene con el alguacil, y tome aqueste lío, y por otro tal, vuestra merced me abone y diga que me conoce.
- MOLINA: Si haré, señor, perded cuidado.
- PAJE: Señor, aquel de aquel becoquín es el ladrón.
- ALGUACIL: ¿Qué hacéis aquí, gentil hombre?
- MADRIGALEJO: Señor, estoy con este señor, que es compañero y de mi tierra.
- ALGUACIL: ¿Compañero vuestro es?
- MOLINA: Sí, señor.
- ALGUACIL: Vosotros ladrones debéis de ser.
- MADRIGALEJO: Más ha de tres meses que no lo usamos.
- ALGUACIL: ¿Al fin usábadelo?
- MADRIGALEJO: Vuestra merced lo dice.
- ALGUACIL: ¿Y de dónde sois?
- MADRIGALEJO: Dí que de Salamanca.
- MOLINA: De Salamanca somos, señor.
- MADRIGALEJO: Hijos somos de vecinos de Salamanca.
- ALGUACIL: ¿Y á qué venistes aquí?
- MADRIGALEJO: Dí que á ver la tierra.
- MOLINA: A ver la tierra, señor.
- MADRIGALEJO: Sí, sí, señor, á ver la tierra.
- ALGUACIL: ¿De qué vivis?
- MADRIGALEJO: Señor, somos oficiales.
- ALGUACIL: ¿Qué oficio?
- MADRIGALEJO: Dí que sastres.
- MOLINA: Somos sastres, señor.
- MADRIGALEJO: Sí, señor, maestros de tijera somos.
- ALGUACIL: ¿Jurarloéis?
- MADRIGALEJO: ¡Jesús, señor!; sí cierto.
- ALGUACIL: ¿Qués de unas horas que sacastes á este mozo de la faltriquera?
- MADRIGALEJO: ¡Yo horas! Cátame vuestra merced.

Los lacayos ladrones

- ALGUACIL: Esperá: ¿Qué es esto? ¿Y vos no tenéis orejas?
- MADRIGALEJO: Ni las he de menester, señor.
- ALGUACIL: ¿Por qué?
- MADRIGALEJO: Porque me las quitaron.
- ALGUACIL: ¿Dónde os las quitaron?
- MADRIGALEJO: Señor, en la toma de San Quintín, peleando, de una cuchillada me las quitaron ambas á dos.
- ALGUACIL: ¿Ambas de una cuchillada?
- MADRIGALEJO: Sí, señor, y an cincuenta que tuviera, según andaba la revuelta.
- ALGUACIL: Vos maraña traéis.
- MADRIGALEJO: No, señor; aquí traigo el testimonio dello.
- ALGUACIL: Enseñá.
- MADRIGALEJO: Tome, señor.
- ALGUACIL: Señor Madrigalejo, hágame merced de venirse hacia Lantigua, por que hagamos partición de aquella bolsa que sangramos á la frutera.
- ALGUACIL: ¿Barbero sois de bolsas? Tenedlo bien y á esotro mirad lo que lleva debajo la capa.
- PAJE: Lío de ropa me parece.
- ALGUACIL: Amuestra acá.
- MOLINA: Señor, en mí ánima que no es mío, que éste me lo encomendó.
- ALGUACIL: ¿Que os lo encomendó? En fin, compañeros sois.
- MOLINA: Por mi salud que no es mi compañero; no lo ví en mi vida, si agora no.
- ALGUACIL: Pues, ¿cómo dijistes antes que era vuestro compañero?
- MOLINA: Señor, por abonallo.
- MADRIGALEJO: Señor, en verdad sí es, y que las mejores piezas que en mi oficio sé él me las ha enseñado.
- ALGUACIL: Yo lo creo; ¿y de qué oficio son las piezas?
- MADRIGALEJO: De cortar de tijera; de subir de noche por una pared, aunque no haya candil, y de trastejar al mejor sueño del dueño de la casa, y de sacar prendas sin mandamiento, y de otras cosillas así manuales que pertenescen así para el oficio; y algunas veces hacer de un pedacillo de alambre una llave que hace á cualquier cerradura.
- ALGUACIL: ¡Buena habilidad es aquélla!
- MOLINA: ¿Yo? ¡Válate el diablo, ladrón!
- MADRIGALEJO: En verdad, señor, la primera vez que me afrentaron en Antequera, él iba delante.
- ALGUACIL: Asíldos bien. ¿Qué va en este lío? Ganzúas son éstas.
- MADRIGALEJO: Señor, él las hace por extremo.
- MOLINA: ¿Yo? ¡Justicia de Dios!
- PAJE: Aquesas son mis horas, señor Alguacil.
- MADRIGALEJO: ¿Sí? ¿Aquesas son tus horas? ¿En qué rezaba yo, ratoncillo?
- ALGUACIL: ¡Rezador está el tiempo! Tira con ellos, que allá les mostrarán otro oficio.
- MADRIGALEJO: ¿Y qué oficio?
- ALGUACIL: A remar.
- MOLINA: Vamos, que yo daré testimonio de mí, que se aclare la verdad.
- MADRIGALEJO: Una cosa terná segura, señor Molina, que en azotándole y estando tres ó cuatro años en servicio de Su Majestad en galeras, no terná más que ver la Justicia con él que el Rey de Francia, y esto como testigo de vista.
- ALGUACIL: Andad, andad, tirá adelante; no tantas palabras; estos bellacos tacaños.

de: Lope de Rueda

SIGUENZA, lacayo - SEBASTIANA, mundana - ESTEPA, lacayo

- SIGUENZA: Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nacidos y por nacer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.
- SEBASTIANA: Que no, sino cuál hinchiría su cátaros primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos,, y habiéndome rompido una toca...
- SIGUENZA: ¡Ah, pese á la puta! ¿Por qué no me hallé presente?
- SEBASTIANA: Me llamó de bordenera, píquera, y que su servilla valía más que todo mi linaje.
- SIGUENZA: ¡Ah, putañona; como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina!
- SEBASTIANA: Y amenazandola yo contigo, me dijo: "Váyase el ladrón desorejado".
- SIGUENZA: ¿Qué tal osó decir? ¡Ah, Dios, y cómo no se hunde la tierra!
- SEBASTIANA: ¡"Qué si no se huyera de la cárcel como se huyó, le hicieran escribano real y le pusieran en la mano una péndola de veinticinco palmos."
- SIGUENZA: ¡Toma y si sabe de metáforas la poltronaza!
- SEBASTIANA: Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Siguenza.
- SIGUENZA: Ya, ya; no me digas más. ¡Ladrón desorejado! ¿Y de dónde le han nacido alas á esa lendrosilla? Dejame con ella; pero quien viere un hombre como yo tomarse como una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?
- SEBASTIANA: La sucia, como te ve con ese becoquín de orejas y los lados rasos, atrévase a hablar, diciendo que te las habían cortado por ladrón.
- SIGUENZA: ¡Ah, pícara! ¿Por ladrón-a mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?
- SEBASTIANA: Yo te creo; pero dime, señor Siguenza: ¿cómo te lisiaron de ellas?
- SIGUENZA: En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve días andados del mes de abril, la cual historia se hallará hoy en el día escrita en una tabla de cedro en la casa del Ayuntamiento de la isla de Mallorca, habiendo yo desmentido á un coronel, natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran, Dios les perdone, Campos, Pineda, Osorio, Campuzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo y Janote el Desgarrado; los cinco maté y los dos tomé á merced.
- SEBASTIANA: ¡Válame Dios, qué tan grande hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿Cómo las perdistes?
- SIGUENZA: A eso voy, viéndome cercado de todos siete por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo usando de ardid de guerra me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno día murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.
- SEBASTIANA: ¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! ¿Qué fuera si le dieras con piedras ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste? Mas ¿cómo dice aquella pulga que anduviste no sé en qué tiempo en las galeras por ladrón?
- SIGUENZA: ¿Ladrón? ¡Ah, putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera de su amigo ó rufián, por mejor decir Estepa! ¡Ah, Estepilla, Estepilla! ¿No vendrán a tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazón?
- SEBASTIANA: ¿Ello es así que fuiste en galera?
- SIGUENZA: Es la verdad que anduve en la galera Bastarda contra mi voluntad no sé qué años. Mas, mirad, ¿qué va de ladrón á hombre vividor?
- SEBASTIANA: ¿Qué llamáis vividor, señor Siguenza?

- SIGUENZA: ¿No te parece que harta buena manera de vivir salirse el hombre a la plaza de mañana y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales, sin ser mercader ni tener oficio?
- SEBASTIANA: Harto bueno es aqueso.
- SIGUENZA: Cata y pues por qué afrentan á un hombre de honra y le hacen semejante injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y an por ventura un poco mejor.
- SEBASTIANA: ¿Cómo limpiamente?
- SIGUENZA: ¿No te parece que harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa, sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?
- SEBASTIANA: Oye, que Estepa viene.
- SIGUENZA: Por tu vida, ten, tenme esta espada.
- SEBASTIANA: ¿Para qué?
- SIGUENZA: Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.
- ESTEPA: ¡Ah, Sigüencilla! ¿Paréscete bién de blasonar de quién vale más que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?
- SIGUENZA: Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?
- ESTEPA: Agradesce que estás sin espada.
- SEBASTIANA: Tómala, Sigüenza.
- SIGUENZA: Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.
- ESTEPA: Dí, bellaco: ¿No te parece que esa tu mujercilla no es bastante para descalzar el chapín de la mía?
- SIGUENZA: Espérese, señor, certificarme della. ¿Es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?
- SEBASTIANA: ¡Pues no será! ¡Si en mi vida le he visto traer chapines!
- ESTEPA: Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladrón, tomá vuestra espada.
- SIGUENZA: Que no es mía, señor, que un amigo me la dejó con condición que no riñese con ella.
- ESTEPA: Pues desdeños, como a cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.
- SIGUENZA: ¿De qué, señor?
- ESTEPA: De que me habían azotado en Medin del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.
- SIGUENZA: ¿Desdeñarme? No, no; no me parece cosa suficiente; ¿qués de la espada?
- SEBASTIANA: Hela.
- SIGUENZA: Quítala de ahí no la vez, que mejor será que me desdiga.
- ESTEPA: ¿No? Pues aguarda.
- SIGUENZA: Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced la placiere.
- ESTEPA: ¿De qué suerte? Veamos.
- SIGUENZA: Desta: Que muy gran verdad que lo dije como un grandísimo tacaño y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay más que tratar.
- ESTEPA: Pues más habéis de hacer.
- SIGUENZA: Haré cuanto vuestra merced mandare.
- ESTEPA: Que me deis la espada.
- SIGUENZA: ¿Cómo daré lo que no es mío, señor?
- ESTEPA: Digo que me la habéis de dar.
- SIGUENZA: Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antoje.
- ESTEPA: Ea, dueña, ¿qué aguardáis? Dadle recio.
- SIGUENZA: ¡Oh, pésete á quien me vistió esta mañana.
- ESTEPA: Tened tieso ese pescuezo.
- SIGUENZA: Señora Sebastiana, miserere mei; pasito, no tan recio.
- ESTEPA: Bien está; dejaldo para quien es; veníos conmigo.
- SIGUENZA: ¿La moza se me lleva? ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdeñarte y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedaras

sin honra y despojado de moza y harto de pasarrogrigos. ¡Ay, narices mías, que aun me dueles! En seso estoy de ponellas en un culo de un perro por que se ablanden. ¡Sus!, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

Fin

LA GENEROSA PALIZA

DALAGON, amo - PANCORVO, simple - PERIQUILLO, paje
PEYRUTON GASCON - GUILLERMILLO, paje

- DALAGON: ¡Qué sea verdad esto; ribaldo tacaño!
- PANCORVO: Sí, si, pienso que será, pues vuestra merced lo dice. Déjeme por su vida; ábese de ahí.
- DALAGON: En fin, que verdad es.
- PANCORVO: ¿Lo qué, señor?
- DALAGON: ¿Lo que diz, qué? Comerme la libra de los turrone de Alicante que estaban encima del escritorio.
- PANCORVO: Eso no.
- DALAGON: En fin, ¿qué miento?
- PANCORVO: Yo no digo que miente, sino que no es verdad.
- DALAGON: ¿Qué no? Esperá un poco.
- PANCORVO: ¡Ah!, paso, señor; suélteme que yo le diré quién se los ha comido.
- DALAGON: Veamos quién; acabemos.
- PANCORVO: Vuestra merced ha de saber que yo no, no; que yo..., quel... ¿Cómo se llama? El... ¿Cómo se dice? Desvíese un poco de la puerta, por que no nos ciga nadie, que Periquillo los ha traspuesto.
- DALAGON: Cata qué dices.
- PANCORVO: Sin falta; porque yo se ques gran comedor de turrone. Mochacho que se los come sin pan delo á la gracia de Dios.
- DALAGON: ¡Periquillo!
- PERIQUILLO: ¿Quién llama?
- PANCORVO: Salí acá, Periquillo; el señor es, que os quiere hablar en secreto.
- PERIQUILLO: ¿Qué manda?
- DALAGON: ¿Qué mando? ¡Toma, don bellaco, goloso! =
- PERIQUILLO: Y, señor, ¿por qué me da?
- PANCORVO: Llevaos eso entretanto que lo sepáis.
- PERIQUILLO: ¡Válame Dios, señor! ¿No sabremos por qué me dió?
- DALAGON: Porque os comistes...
- PANCORCO: Sí, por eso, porque os engolistes...
- DALAGON: ¡Calla tú! Porque os comistes una libra de turrone que estaban encima del escritorio.
- PERIQUILLO: ¡Yo!, ¿Quién lo dice?
- DALAGON: Este.
- PERIQUILLO: ¿Tú lo dices?
- PANCORCO: Yo lo dije; pero no creo que será Periquillo, señor, porque es honrado mozo y no tiene menos que valer. Errado me (he), pecador de mí, que por decir Gasconillo dije Periquillo.

- PERIQUILLO: En fin, que tu yerro había de caer sobre mis espaldas.
- PANCORVO: Calla, hermanico, ten paciencia, que algún día pagaré quizá por tí.
- DALAGON: Anda, pues, llama al Gasconillo.
- PANCORVO: ¡Gasconillo!
- GASCON: ¡Qui vos pras, qué volets? Aguardats un pauch.
- PANCORVO: Creo que se los está comiendo; llámelo vuestra merced.
- DALAGON: ¡Gasconillo!
- GASCON: ¿Qué mandats, Diu hus de saylud tuta una maysada? ¡Crabes de Diu! ¿Ques acro, señor, que vos debí? ¿Por qué vos arrencorats contra mí?
- PANCORVO: Déle, señor, déle, no pare, adelante; una primera, otra por mí, que bien lo meresce.
- GASCON: ¿No me direts, si hupras ó si hupesa, por qué me habets sacudits de su la costielles?
- DALAGON: Porque os habéis comido los turriones de Alicante.
- GASCON: ¡Jesús, Jesu! ¡Sancta Bárbera! ¿Yo turrions?
- DALAGON: Sí tú, turriones dencima del escritorio.
- GASCON: ¿E qui vo la dit?
- PANCORVO: Yo sé quién lo ha visto.
- GASCON: Per la San Diu que vos menties de sus lameyta de la gorja, que yo no la manjat le turrions de les dritiura: ¿vo la ve vist? Amor dis cans.
- PANCORVO: No, no creo que es él, pues que lo jura. Perdona, Gasconillo.
- GASCON: ¿Agaras me dicest pernonay chocarrayro, argines de pan? ¿Paresce vo bana consecuencia?
- PANCORVO: ¿Deso te enojas? Antes te debes holgar por ello.
- GASCON: ¿E por qué me de folguiar?
- PANCORVO: Porque ternás anticipado el recibo para cuando al señor algo le debieres.
- GASCON: Pillats le vos tan recebemento e botets le en vostra causa; truncho de quiol, rabano de leytugas,
- DALAGON: Acabemos ya. Pues dices que ninguno destos dos se los ha comido, sepamos quién se los comió; salgan estos turriones, si no yo te los sacaré de las costillas.
- PANCORVO: No me perturbe vuestra merced, que yo se lo diré punto por punto; espere, yo pienso justa mi conciencia... Ven acá. Gasconillo.
- GASCON: ¿E para qué me cramas?
- PANCORVO: ¿Paréscete a ti que se los ha comido Guillermillo?
- GASCON: ¿Gallamillo? ¿El que me vinets á panar la botifarda annenyt de le gradielles?
- PANCORVO: Así á ése.
- GASCON: Tú dices la vertá; ese la manjat.
- PANCORVO: Ya ve vuestra merced cómo el Gasconillo dice que á Guillermillo se los vió comer.
- GASCON: Sí, Gallamillo.
- DALAGON: Llámale, veamos si habemos de desmarañar este negocio de turriones.
- PANCORVO: ¡Guillermillo!
- GASCON: ¡Gallamillo!
- GUILLERMILLO: ¿Qué voces son éstas?
- DALAGON: ¿No saldrás?
- GUILLERMILLO: Ya salgo. ¿Qué quiere, señor?
- DALAGON: Lo que quiero es esto: ¡toma, don rapaz!
- GUILLERMILLO: ¡Ay, ay, señor, por amor de Dios!
- PANCORVO: Déle, señor, no pare, pues por amor de Dios le pide.
- GASCON: Botats ne mays, señor, an agoras pagarats le turriones e la botifarda tot en un cop.

- GUILLERMILLO: ¡Pecador de mí! Señor, ¿á qué fin me dió?
- DALAGON: ¿A qué fin, cara sin vergüenza?
- PANCORVO: Bien lo sabréis, vergüenza sin cara.
- GASCON: Carats, moyrro de fuyror, que señor vos o diray.
- DALAGON: A fin que se os puede fiar cualquiera cosa de comer.
- GUILLERMILLO: ¿Qué cosa?
- DALAGON: ¿Qué cosa? Dime, desvergonzado: los turriones que estaban encima del escritorio, ¿qués dellos?
- GUILLERMILLO: ¿Los turriones? Señor, ¿no me los pidió él que se los diese y los encerró de su propia mano dentro del escritorio.
- DALAGON: ¡Por vida mía que dice verdá! ¿Habéis visto qué gran descuído que ha sido el mío?
- GUILLERMILLO: ¿Y parésele bien haberme dado sin culpa?
- PANCORVO: ¿Y á mí molerme aquestas espaldas, que no parecía sino molino batán, según descargaba?
- PERIQUILLO: Y á mi pajas.
- GASCON: ¿E qué vo parece de acro de aquestos neguecios ó facendas, mustramo?
- DALAGON: ¿Qué me parece? Es porque no estés quejosos de mí, que se partan los turriones en cuatro partes, y en pago de la disciplina se lleve cada uno su pedazo.
- PANCORVO: Eso es, señor; en cuanto á su propuésito, aguarde un tantico. Mochachos, á consulta. Tú, Perico, ¿quiés turriones?
- PERIQUILLO: Yo ni aun vellos.
- PANCORVO: ¿Y tú, Guillermillo?
- GUILLERMILLO: Yo ni gustallos.
- PANCORVO: ¿Y tú, Gasconillo?
- GASCON: Yo botats los fus la fiorca.
- PANCORVO: ¿Queréis que nos esquitemos todos de la paliza?
- TODOS: Sí.
- PANCORVO: ¿Tú no le volverás tu parte?
- PERIQUILLO: ¡Pues no!
- PANCORVO: Pues aguardad. - Mosamo, oiga, si manda.
- DALAGON: ¿Qué quieres?
- PANCORVO: Allegue á conversación, que yastamos concordados.
- DALAGON: ¿Y es?
- GASCON: Señor, acro es la concordanza: carayson, caralaysones, tomay manjar; ¿vos podies las turriones?
- DALAGON: ¡Paso, paso!
- PANCORVO: ¿Pasáis? Pues yo envido.
- GUILLERMILLO: Yo lo que puedo.
- PERIQUILLO: Yo lo que alcanzo.

Fin

EL CRIADO PEREZOSO

PASO DE PAJARES, simples VERGINIO, padre de Lelia MARCELO amo de Lelia

- PAJARES: Ora juro al cielo de Dios, mostramos, si yo sé á qué tengo dir, ni á qué efecto vuesa merced menví, se quellotro ni la otra no son agora tan niños que no sabrán venirse, quantis más que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de acarrear á casa como á mochachos huidores.
- VERGINIO: Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que hacen y venirlos has acompañando.
- PAJARES: ¿Qué?, ¿no está bien cubrida?
- VERGINIO: No; acaba ya.
- PAJARES: Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.
- VERGINIO: ¿Paréscete que está bien cubierta?
- PAJARES: Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.
- VERGINIO: ¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa!. Mira, cuando te la mandaren cubrir así la has de poner.
- PAJARES: ¿Así? Ya, ya. ¿Está bien cubrida? Guarde, ¿qué dice?
- VERGINIO: Agora sí; toma este sombrero.
- PAJARES: ¿Quién lo ha de tomar?
- VERGINIO: ¿Diz que quién? Tú lo has de tomar.
- PAJARES: ¿A propósito, búrlase conmigo? ¡Hame liado como á costal de arriero, y toma el sombrero! ¿Con qué mano lo había de tomar? Sé, que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandrán de arcediano.
- VERGINIO: ¡Asno! ¿Qué?, ¿por aquí bajo no la sabes sacar?
- PAJARES: ¿Por dónde?
- VERGINIO: Por aquí, ¡duelos te dé Dios!
- PAJARES: Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone que los parto por medio; ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caído en garlito, ó como mulo de añoria, que, dando vueltas alderredor, no halla paradero cierto?
- VERGINIO: Ganosa está la bestia de comparaciones.
- PAJARES: Bastián de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.
- VERGINIO: Pues lo que te mando no es sino que vayas al monasterio de Santa Bárbara.
- PAJARES: ¿Y para qué á Santa Bárbara? ¿Quiere que diga la santa que voy disfrezado escudriñándole los rincones de casa?
- VERGINIO: Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.
- PAJARES: Y an deso, mal punto, estoy corrido.
- VERGINIO: ¿Por qué estás corrido?
- PAJARES: Porque á las horas del comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la Cuaresma.
- VERGINIO: Pues, tonto, ¿piensas tardar allá?
- PAJARES: ¿Pues no tengo de tardar yendo á pie como yo voy?
- VERGINIO: Deso manera razón tiene su merced. Entre en la posada y ensille un poyo deso en que vaya caballero.
- PAJARES: ¿Un poyo?
- VERGINIO: ¿Dónde vas?
- PAJARES: A ensillar un poyo como mandó.
- VERGINIO: Pues, animal, ¿el poyo se ha de menear?
- PAJARES: Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salgamos de la posada.
- VERGINIO: ¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

- PAJARES: ¿Quién le demanda cabalgadura? Cabalga blanda me diese vuesa merced, que cablaga dura ni grado ni gracias.
- VERGINIO: ¿Qués cabalga blanda?
- PAJARES: Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamos, y á necesidad un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.
- VERGINIO: ¡Cata, cata! ¿Que todo eso era la caballería y el retorificar? Al fin no podías parar sino en cosas de comer.
- PAJARES: ¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo: "Pedid y daros han" y que todos los buenos con pan son duelos?
- VERGINIO: Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote, que yo os haga ir presto.
- PAJARES: No me prometa vuesa merced cosa ninguna, queso de garrote no es cosa que me conviene por agora.
- VERGINIO: Primero vernán los otros queste macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.
- PAJARES: ¿Qué os parece? ¡Espérole el reloix de Guadalupe! Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mí pecador, más esperado habéis sido vos y esotra que sereno tras ;ublado.
- MARCELO: Pues ¡qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿No ves que vengo solo?
- PAJARES: ¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo, que por vos, siquiera no os trajera Dios acá.
- MARCELO: Más que no te hallara.
- PAJARES: Señor amo, mostramo es ido por un garrote.
- MARCELO: ¿Para qué?
- PAJARES: Pienso que para engarrotarme.
- MARCELO: ¿Por qué?
- PAJARES: Porque no os iba a llamar. Por vida vuesa que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metáis en medio.
- MARCELO: Que me place.
- PAJARES: Ya lo trae. Quiérole decir que ya no es de menester. Señor, he aquí el amo; deje el garrote.
- VERGINIO: ¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.
- MARCELO: Paso, señor, paso.
- PAJARES: Amo, ¿y el concierto?
- MARCELO: Harto le decía: "Paso, señor".
- PAJARES: Dios se lo perdona; y á veusa merced estánle diciendo: ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno, bendito sea Dios.

EL VALENTON

PASO DE GARGULLO, DE ESTELA Y DE LOGROÑO

- GARGULLO: Ansina viva el molino de viento que está fundado en Villafranca de Niza y el serpentino de fuslera que se forjó en la casa de la fundación de Málaga, como de semejantes palabras había yo de ser su amigo, y más empinándose para mí. ¡Oh, pobre de ti, Gargullo! ¿Qué se hicieron los cinco que yo destripe en Isladeras cuando tuve el desafío campal con Segredo, el alférez, y con sus consortes? Pues aquí tengo las propias manos con que ahogué la espantosísima sierpe en la sierra de Gata, día señalado del Señor San Jorge, antes que el sol saliese. Pero ¿qué monta? Que en esta tierra farfante no son conocidos los valientes, pues aun no habéis puesto mano á la hoja cuando ya os tienen hecho jinete de albarda.
- ESTELA: ¿Qué es esto, señor Gargullo? ¡Ah! Paso, que podeis despertar á mi padre Lupo. ¿Cómo vais tan arrufaldado?
- GARGULLO: ¡Ah, señora Estela! ¿Y es nuevo para mí, ejercitar las armas?
- ESTELA: ¿Y con quién es la pasión?
- GARGULLO: No me lo preguntes que con un hombrecillo de poco lo he, que no es nada.
- ESTELA: Mas por mi vida, ¿con quién lo has?
- GARGULLO: Juramento me has tomado, que no puedo dejar de decirte la verdad. ¿Conoces á Peñalva, el comprador del canónigo Villalba?
- ESTELA: Sí, muy bien; ¡mira se le conozco!
- GARGULLO: Pues con ese mismo.
- ESTELA: Ya, ya. ¿Con aquel dolorido? No me dé Dios más trabajo que cargallo de chapinazos.
- GARGULLO: Pues esos tales son los que Dios me echa á mí en suert por que no pueda ejecutar mi cólera.
- ESTELA: Pues cátales, viene; yo me entro de la ventana. No me le dejes diente en aquella boca, porque me tiene enojada.
- PEÑALBA: Hallaros tenía, doña gallinilla; echá mano.
- LOGROÑO: Paso, señor Peñalva; ¿no sabríamos qué pendencia es ésta?
- PEÑALBA: ¿Ibades á dar queja, ladrón?
- GARGULLO: ¿Ladrón soy yo, señor Peñalva?
- ¿Levántofole, fullero?
- GARGULLO: No me lo levantáis; mas de mí á vos fuera bien dicho, y no delante tanta gente de honra.
- LOGROÑO: Vení acá, señor Gargullo; ¿es esta pendencia por un bofetoncillo que dicen que el señor Peñalva os dió?
- GARGULLO: ¿Pues paréscele á vuesa merced que está bien hecho que me dé él á mí bofetón en mis barbas y á traición?
- LOGROÑO: Vení acá: ¿y á traición llamais si os lo dió cara á cara?
- GARGULLO: ¿Y no le parece á vuesa merced traición, pues me lo dió sin pedirme licencia?
- LOGROÑO: Desamano, cuando el señor Peñalva otro tanto hubiese de hacer, yo haré con él que os avise primero.
- GARGULLO: Y con eso quedo yo con toda mi honra.
- LOGROÑO: Guárdenos Dios, sin perder punto ninguno.
- GARGULLO: ¡Suso, bien está! Vaya vuesa merced y tómele la mano, con condición que me avise primero.
- LOGROÑO: Que él lo hará, y cuando no, yo cumpliré por él. ¡Ah, señor Peñalva!, vuesa merced me dé la mano y sea amigo del señor Gargullo.
- PEÑALBA: Señor, que me place; pero mire, señor Logroño, que se trate con toda la honra del mundo.
- LOGROÑO: Tratado esté. ¡Sus!, baste: dad acá la mano vos, Gargullo.
- GARGULLO: Tome, señor.

- LOGROÑO: ¿Prometéis á ley de hombre de bien de ser su amigo?
- GARGULLO: Prometo.
- PEÑALBA: Yo también.
- LOGROÑO: Pues ¡sus! vamos, y aquí en la taberna de Gamboa nos podemos colar sendas veces de vino.
- GARGULLO: De mi parte he aquí un real, y hagan lo que les pareciere, porque yo no puedo ir, que aguardo un cierto negocio.
- LOGROÑO: LOGROÑO: Si eso es, beso las manos á vuesa merced.
- GARGULLO: Vayan vuestas mercedes con Dios. -¿Han ya traspuesto el cantón? Creo que sí. Aun el diablo me hubiera traído por aquí si no se hallara presetne Logroño, aquel amigo, que es tan gran ladrón como el otro.
- ESTELA: Pues ¿ cómo ha ido, Gargullo, con la pendencia?
- GARGULLO: Qué, ¿no ha estado ahí á la ventana?
- ESTELA: No por cierto, que luego me entré.
- GARGULLO: Muy bien ha ido, señora Estela, como suele; si estuvieras á la ventana, vieras correr más sangre por esa calle que el rastro que se hace entre la puerta del Campo y Teresa Gil.
- ESTELA: Pues ¿ tanta sangre de un hombre solo?
- GARGULLO: Más de treinta se van de aquí, todos amigos y valederos suyos.
- ESTELA: ¿ en fin...?
- GARGULLO: En fin, que me perdonó un befetón que nueve testigos contestes dice que le dí, y sobre todo echóse á mis pies y demandóme perdón, y por ruegos de algunos amigos que allí se hallaron, acabaron conmigo que le hiciese merced de la vida por cinco años.
- ESTELA: Bien negociado está eso, y entretanto pasársete ha el enojo. Huélgome que sales siempre con tu honra.
- GARGULLO: ¡Qué poca honra se puede ganar con semejantes, señora Estela! Pero ven acá: ¿tenemos de hacer esta albarda ó esta jáquima de mi amo Acario? ¿Qué esperas? ¿A cuándo aguardas?
- ESTELA: Como tú quisieres; haz á tu modo.

Fin

TANTICO PAN

Paso de Ortega y Perico

ORTEGA, simple de Acario ACARIO, ciudadano GARGULLO, lacayo
PERICO, paje ILUPO, padrastro de ESTELA ESTELA, doncella

- ORTEGA: ¡Oh, mal haya la madre de la Fortuna, si es viva, y si es muerta mal siglo le dé Dios, porque no me hizo a mí duque ó conde ó sastre ó cazador de erizos ó melcochero, para estarme en casa de hoz y de coz! Porque aunque dice acullá el cura de nuestro pueblo: beato mortoris quim dolime morieta, no mencaja, porque, en fin, después de muerto, ni viña ni huerto. Allá se lo haya Marta con sus pollos, que yo más querría buena olla que mal testimonio.
- PERICO: Hola Ortega. ¿Con quién lo has? Parece que vas riñendo.
- ORTEGA: ¡Oh, hermano Pedro! ¿tú eres? Conmigo lo había.
- PERICO: ¿Contigo? Pues ¿qué hay de nuevo?
- ORTEGA: Deja de comer y contártelo he.
- PERICO: ¿Qué hace el caso que coma? Sé que no tengo de comer con los oídos.
- ORTEGA: Mucho hace al causo tener quedas las quijadas para oír á placer.
- PERICO: Ora vesme aquí que no como.
- ORTEGA: ¿Es todo aqueso pan tuyo?
- PERICO: Sí; ¿por qué lo preguntas?

- ORTEGA: ¿Tuyo, tuyo, tuyo?
- PERICO: Mío, mío, mío.
- ORTEGA: Cata, que se te cae.
- PERICO: No caerá.
- ORTEGA: Eso merezco yo en avisarte lo que te cumple.
- PERICO: Agora cuéntame lo que querías contar.
- ORTEGA: Pues dame un poco dese pan.
- PERICO: Desa manera no quiero que me cuentes nada.
- ORTEGA: ¿Y si es cosa que te conviene?
- PERICO: ¡Qué me conviene! Y ¿qué puede ser?
- ORTEGA: Mira que se te desmigaja todo.
- PERICO: No se te dé nada.
- ORTEGA: ¿Quiés que te diga la verdad? Yo iba derreniegado eon mi amo y dado á la gracia de Dios con él.
- PERICO: ¿Y por qué?
- ORTEGA: Porque tiene tan poca gente en su casa.
- PERICO: ¿Y por eso ibas derreniegado? Antes te cabrá más parte á las horas de comer.
- ORTEGA: Pues por eso iba derreniegado, que tengo en casa una olla de arrope y un plato de sopas en capirotada, y tengo de acaballo todo por fuerza, y voy á buscar quien me ayude.
- PERICO: Pues ¿ahí no está la hija de tu señor y Paulilla y Gargullo que te ayudarán?
- ORTEGA: No comen todos esos grasura, que de otra manera ¿qué me faltaba á mí?
- PERICO: Pues ¿quies que te vaya yo ayudar?
- ORTEGA: No mía fe, quieres chico.
- PERICO: Elévame túm que yo te sacaré de cuidado.
- ORTEGA: Pues dad acá ese pan, porque tengamos más que sopear en el arrope.
- PERICO: Yo lo guardaré.
- ORTEGA: No, no; antes yo lo guardaré mejor, que soy más grande; y espérame aquí, entraré á poner la mesa y sentarémonos, tú á una banda, yo á la otra; cerraremos todas las puertas, echaremos los gatos y perros fuera, y verás cual anda la obra.
- PERICO: Pues mira, hermano, no te tardes.
- ORTEGA: No me tardaré.
- PERICO: Júralo.
- ORTEGA: Que no me cumple jurar; ¿había yo de infernar mi álima por tantico pan?

Fin

LA GITANA LADRONAPaso de la Gitana y Gargullo

- GITANA: Bien negociado habemos, que veinte y cinco de cados me han prometido porque presté a Medoro por tres o cuatro horas. Lo que me resta de hacer es descubrir á sus padres quién sea aqueste mozo, que no serán tan malos que no me perdonen el hurto y me paguen la crianza dél; y en el entretanto es menester buscar para el mantenimiento. Pero ¿qué digo? un hombre me parece que está escuchando. Aguardad, que yo le haré la moixqueta con esta bolsa.
- GARGULLO: ¡Valga el diablo á tan extraño hábito! ¿Es hombre o mujer? Un intérprete es menester para entendedorlo.
- GITANA: Cuando hurté esta bolsa con todos estos ducados no me vió nadie. Fortuna me ha favorecido esta vuelta.
- GARGULLO: Hurto es éste por los santos de Dios.
- GITANA: Los diamantes y los rubíes, sin cuatro mil coronas que vienen dentro, valen un tesoro.
- GARGULLO: ¿Qué es aquesto? Pues bien lo oigo, que no estoy sordo.
- GITANA: El mercader cuya es me ha de buscar por toda la ciudad, porque al tiempo que la hurté no había persona en toda la tienda.
- GARGULLO: Estate quedo, Gargullo, que la presa es tuya; tente, tente.
- GITANA: Bien será escondella quí, que no pasa persona nascida, hasta que pase el peligro de la Justicia, y en siendo pasado, sacalla he y daré con ella en esa Andalucía.
- GARGULLO: ¿Iré..., no iré..., voy... ó no voy...? Tente, Gargullo.
- GITANA: ¡Ay! Un hombre veo acullá; parece que me ha visto. Mal parido será dejalla al peligro. Quiero tornar y sacar mi bolsa.
- GARGULLO: Estate queda, ladrona; ¿qué hacías aquí?
- GITANA: Está quedo, burla si achí, burla si achí; ¿qué me quieres tú á mí; que me quieres?
- GARGULLO: ¡Ah! Burla si achí, burla si achí, ¿tú no lo sabes? Daca la bolsa del mercader, ladrona; ¿dónde la escondiste?
- GITANA: ¿Yo? ¿Qué bolsa? ¿Qué mercadante? ¿Burlaste conmigo?
- GARGULLO: ¡Ah! ¿burlaste conmigo? No tienes vergüenza. Anda acá delante del Corregidor y allá darás cuenta.
- GIATANA: Está quedo, no me impidas mi camino, ni me estorbes mi trabajo, hombre honrado, hombre honrado.
- GARGULLO: ¡Ah, hombre honrado, hombre honrado! Anda acá, hermana, no des voces, que yo soy mozo del mercader cuya es la bolsa y vengo en tu seguimiento.
- GITANA: ¡Ay, hermano! Por amor de Dios, ya que sabes el negocio, no lo descubras, sino deja estar la bolsa donde tú viste que la puse y después partiremos la mitad para tí y la mitad para mí.
- GARGULLO: Que me place, hermana; yo callaré; partámosla y soy contento.
- GITANA: Pues, hermano, hazme un placer, que en tanto que pasa el peligro de la Justicia, qua me prestes algunos dimeros.
- GARGULLO: Toma, eata ahí un escudo que agora lo acabé de coger á mi amo.
- GITANA: Poquito hay aquí y tengo mucha gente.
- GARGULLO: Hasme hecho tanta lástima, que te daré las entrañas. ¿Ves aquí esta cadena? Véndela y aviate con la bendición de Dios.
- GITANA: ¡Ah! Dios te dé salud, hermano. Mira, amigo, yo querría que por amor de Dios no toques la bolsa hasta que lo ajeno no lo quiero.
- GITANA: Ven acá, hermano; ¿dónde es tu posada?
- GARGULLO: ¿Sabes la plaza Pelliceros?
- GITANA: Si, muy bien.
- GARGULLO: Aguarda, que no es ahí mi posada.
- GITANA: Pues, ¿dónde?
- GARGULLO: ¿Sabes la placeta de las Moscas?

- GITANA: Eso no.
- GARGULLO: No, no la sabrás, ¿Sabes la calle los Asnos?
- GITANA: Sí sé.
- GARGULLO: Pues tampoco vivo ahí, sino vete al portal del Cojo y pregunta por un zapatero nuevo que se dice mase Córdoba, y en un poyo que está junto á su casa, siéntate allí hasta que yo vaya.
- GITANA: Pues, hermano, por amor de Dios; porque vaya sin peligro de la Justicia, que me prestes la capa hasta que yo vuelva, porque no sea conocida.
- GARGULLO: Toma, hermana, y avíate.
- GITANA: Mira que te torno á avisar que no toques en la bolsa hasta que vuelva.
- GARGULLO: Guárdenos Dios del diablo; sé que cumplir había mi palabra, siendo hijo del más honrado potecario que hay en Castilleja de la Cuesta.
- GITANA: ¡Sus!, Queda adiós.
- GARGULLO: Y El te guíe. Allá va como dicen los pies en las espaldas con el recelo de micer horca; de tal suerte va, que si se esconde no basta descubrilla toda el arte mágica. Ora ¡sus!, yo me quiero detener un poco antes de sacar el venturoso tesoro, porque si la mujer volviere me halle verdadero y observador de mi palabra. Ea, vecinos, los que andais haciendo cercos y conjuros por hallar los escondidos tesoros, acudí al venturosísimo Gargullo, el cual hoy sin cerco ni conjuro y sin hábito de nigromante descubrirá un tal tesoro con que remanezca rico para todos los días de su vida. Agora entretanto quiero pensar qué tengo de hacer de tanto dinero. .
Lo primero que haré será hacer unas casas en lo mejor desta ciudad; hacellas he pintar por de fuera y por de dentro al brutesco y al romano. Haré que me pongan á punto un lindo coche en que me pasee y los caballos que me tirarán blancos. Dejame hacer a mí. Haré vestir mis criados de mi librea, que será rojo y blanco, significando rubíes y diamantes. Haré matar todos mis parientes, que ofresco al diablo hombre que quede á vida, por que viéndome tan rico no me cobdicien la muerte, y también por que no sepan mi linaje. El vivir mío no quiero que sea mercadante, porque es un paso grave y muy gallardo. Harto bienaventurado será aquel que quitándome el bonete yo le volviere el recambio. Porque como dicen: en este mundo tené dineros, que ese es el valer. Ora no puedo más detenerme aquí en palabras, sino sacar el venturoso tesoro.
¡Helo, helo! Ea, dioses celestes, encended grandes luminarias, abrid esas finiestras del cielo para que yo vea á contar lo que está en esta dichosísima bolsa, y más dichoso yo por haberla hallado. ¡Ea, Gargullo, hela, hela donde asoma! ¡Ay, bendito sea Dios Todopoderoso! ¡Ay, escorias son y carbones son, por los santos de Dios! Carbones y escorias me cuestan un escudo y una cadena y capa y gorra. ¡Gentil marchante soy por cierto! ¡Oh, saquillo de carbones! ¡Oh, pobre de tí, Gargullo, cómo te has dejado engañar de una gitana! ¿No sabía yo que era aquella una ladrona? Verdaderamente yo he merecido hoy la principal cadena de los locos. Ora ¡sus! yo quiero tornar á los amores de mi amo Acario, que yo espero antes de mucho tornar la piel como la culebra. Pero ¿qué digo? Helo aquí do viene.

LOS LINAJES

Paso de Pablos Lorenzo y de Ginesa, su mujer

- PABLOS: ¡Cómo, cómo! Aún daría yo al diablo la sabandija, si por un negro pollo me hubiédeses vos de quitar la comida! Juro al siglo de mi bisagüelo que si tal huese verdad, á los pies de los señores provi-
sores me huese, por que viesen el poco respleute que vos hacéis
de Pablos Lorenzo, vuestro marido.
- GINESA: Por el siglo del padre que me engendró, quq aquí no me entréis- en
estos ocho días, por qué cuando yo os dejare á guardar la casa
abráis veinte ojos por ella.
- PABLOS: ¿La casa, Ginesa de Bolaños, no se está así sana y entera como se
estaba? A lo menos podráste alabar que mientras yo he quedado en
guarda della, nadie se ha atrevido á hurtalla, loores á Dios.
- GINESA: Pues ¿qué habían de hurtar, decí, pan perdido?
- PABLOS: ¡Qué diablos me sé yo! ¿No dices que la casa? Que pensará el que
te oyere que se la han llevado por esos vericuetos. Osaría yo
jurar que aunque te la dejases sola y á oscuras, y á esas serenas,
nadie se atreviera á hurtalla, cuanti más quedando dentro un hombre
de tan buen recaudo como yo.
- GINESA: Pues, ¡cómo! ¿La casa se habían de llevar y sacalla de sus
cimientos?
- PABLOS: ¡Qué sé yo! A ti te lo oigo y tú te lo dices y lo levantas.
- SOCRATO: ¿Qué voces son éstas?
- PABLOS: Señor, ¡si supiese vuesa merced sobre qué son! Son sobre un negro
pollo que me llevó el sorromícalo, ó gavilucho, ó diablo, ó como
se llama.
- GINESA: ¿No más deso? Espera, espera.
- CAMILA: ¡Paso, paso, ama! ¿Qué pendencia es ésta?
- PABLOS: ¡Oh, doyte al diablo, mujer! ¡Y no te cortarías esas uñas, que por
poco me ahogaras!
- CAMILA: ¿No sabríamos, ama, qués esto?
- GINESA: ¡Ay, señora! ¿Qué más mala ventura quiere vuesa merced, que de
once pollos que me sacó la gallina, no me han quedado sino solo
cinco?
- PABLOS: ¿Once? ¡Plegue á Dios que reventado muera yo, y vuesa merced, si
parte quiere, si parió la gallina sino cinco pollos á la mañana y
seis á la noche, y dice ella que son once! Y ven caá: esos
¿hémelos comido yo por ventura? ¿No te he jurado ya que se los
llevó el gavilucho, o sorromícalo, ó millani, ó cómo se dice?
- GINESA: ¿Aun tenéis lengua para hablar, ánima de cántaro?
- PABLOS: ¡Dote al diablo, mujer! ¿No ternás un poco de miramiento, siquiera
por las barbas de su merced que está delante?
- GINESA: ¡Eh!, callad, ánima de campana.
- PABLOS: ¿Qué ánima de campana, mujer?
- GINESA: ¿Qué?, badajo como vos.
- PABLOS: ¿Badajo á vuestro marido? -Déme ese garrote vuesa merced.
- GINESA: ¡Así! ¿Garrote para mí? Al fin no seríades vos hijo de Guarnizo
el enxalmador, cura bestias.
- PABLOS: ¿Y paréscete á ti mal porque sea hijo de bendición?
- CAMILA: ¡Ay, amarga! ¿Y cómo hijo de bendición?
- PABLOS:Q Sí, señora, ¿no le parece á vuesa merced, que cuando mi padre
hace sus enxalmaduras y dice aquel verso del per omniam seculam
seculorum y el altere demus de gente non sanctam, y gloria int ti
dolima, y no sé qué más, que no hay quien eche tantas bendiciones
como mi padre en todo el lugar.
- CAMILA: Tenéis razón.
- PABLOS: Pues de ahí me viene á mí ser hijo de bendición y legítimo y todo.

- SOCRATO: ¿Legítimo y todo? Mucho es eso por cierto.
- PABLOS: Sí, señor; ¿no vee vuesa merced que soy todo entero hijo de Guarnizo el enxalmador, que aunque la señora Ginesa dice que curaba bestias, levántaselō, que no era sino medio albéitar? Mas preguntete vuesa merced á ella, veamos cūya hija es.
- GINESA: Costaráos á vos un ojo y del otro no viérades nada y fuérades de tan buen generaciōn como yo.
- PABLOS: ¿Quién eran tus padres? Dilo, veamos.
- GINESA: ¿Quién? Esteban de Bolaños, regidor en Pliego, y Lucia Hernández de Saldaña, honradísimos ambos si los había en todo el lugar.
- PABLOS: ¡Ah!, noramaza, señora mujer, levantéis tan falsos testimonios á vuestros padres; ¿no se te acuerda que cuando te casaron conmigo te me dieren por hija de Logroño, el aceitero? Y aun se me miembra que no sé sobre qué medidas falsificadas que tu padre hizo le dieren cien azotes y de comer aquel día.
- GINESA: ¡Cien azotes! Levantáronselos en verdad.
- PABLOS: Levantáronselos ó asentáronselos, allá se los llevó á su casa.
- SOCRATO: Amo, no habéis por tan poco de deslindar linajes.
- PABLOS: Calle vuesa merced, que juro por el cielo de Dios bendito que si no le atajáramos que mos hiciera encreyentes que era hija del conde Hernán González ó de Belerma, por mi mal fuiste engendrada.

Fin

LA MUJER BRAVA

Paso de Pablos y Ginesa (II)

- PABLOS: ¡Oh, do al diablo los pollos y la pollada, y á quien me los da á guardar también!
- GINESA: ¿Qué es eso marido, y qué traéis ahí?
- PABLOS: ¿No conueces ques la cesta de los pollos?
- GINESA: A ver, vení acá, descargaos.
- PABLOS: Guardate, que vengo cosido con todas esas baratijas.
- GINESA: ¿Cosido? ¡Jesús, y válaos quienquiera! ¿Y esa necesidad habíades de hacer?
- PABLOS: ¡Necedad te parece! A mí no por cierto. Qué ¿querías que aguardase otra vez que descendiese el gavilucho ó sorromícalo, y me llevase otro pollo y tuviésemos otra pendencia como la pasada?
- GINESA: Daldos acá.
- PABLOS: Paso, paso, pecador de mí; ¿quiésme arrastrar á mí y á ellos?
- GINESA: Pues ¿cómo? ¿Sois vos por dicha Pedro de Urdimales, que quería enredar todo el monte?
- PABLOS: Hágote saber que no soy sino Pablo de Urde buenas, y los pollos y la cesta, y el sayo y el jubón, todo viene hecho de una pieza, por que si el millano se atrevía dengollir otro pollo, se llevase también á Pablos Lorenzo y todo.
- GINESA: Ea, descargaos.
- PABLOS: ¡Otra suya! ¿Tú no ves que si no me quitas el sayo descargar no los podré?
- GINESA: Pues sea con sayo y todo; acabemos.
- PABLOS: ¡Paso, paso, bonito!, mujer.
- GINESA: ¡Oh, qué gentil cuerpo para armado en blanco!
- PABLOS: No me alabes, mujer; ¿piénsaste que me de casar otra vez?
- GINESA: Marido, por vida vuestra, y así Dios os preste á mí, pues está hecho lo más, hágase lo menos; y es que por darme algún poquito de placer y sepan quién es Pablos Lorenzo, mi marido, que bailéis un poco.

PABLOS: ¡Válate el diablo! Y ¿no sabes tu que yo no sé bailar sin cantar algún poco?

GINESA: Pues baila y canta por amor de mí.

PABLOS: Eh, que estoy ronco, mujer, y tengo la voz mal entonada.

GINESA: Sea como quieras.

PABLOS: Ora bien, mujer, tú harás que caiga en vergüenza; á tu cargo vaya.

(Canta y baila Pablos Lorenzo.)

Canción

Más trabaja que el que cava
el que tiene la mujer brava.

Fin

LA MANTECADA

Paso de Troyco y Leno sobre la mantecada

LENO: ¡Ah, Troyco! ¿Estás acá?

TROYCO: Si, hermano; ¿tú no lo ves?

LENO: Más valiera que no.

TROYCO: ¿Por qué, Leno?

LENO: Porque no supieras una desgracia que ha sucedido harto poco ha.

TROYCO: ¿Y qué ha sido la desgracia?

LENO: ¿Qués hoy?

TROYCO: Jueves.

LENO: ¡Jueves! ¿Cuánto le falta para ser martes?

TROYCO: Antes le sobran dos días.

LENO: Mucho es eso; mas dice: ¿suele haber días aciagos así como los martes?

TROYCO: ¿Por qué lo dices?

LENO: Pregunto, porque también habrá hojaldras desgraciadas, pues hay jueves desgraciados.

TROYCO: Creo que sí.

LENO: Y ven acá; si te la hubiesen comido á ti una en jueves, ¿en quién habría caído la desgracia, en la hojaldra ó en tí?

TROYCO: No hay duda, sino que en mí.

LENO: Pues, hermano Troyco, aconhortaos y comenzad á sufrir y ser pacientes que por los hombres, como dicen, suelen venir las desgracias, y éstas son cosas de Dios. En fin, y también según orden de los días os podríades vos morir, y como dicen, ya sería recomplida y allegada la hora postrimera, rescebildo en paciencia y acordaos que mañana somos y hoy no,

TROYCO: ¡Válame Dios, Leno! ¿es muerto alguno en casa, ó cómo me consuelas así?

LENO: ¡Ojalá, Troyco!

TROYCO: Pues ¿qué fué? ¿No lo dirás sin tantos circunloquios? ¿Para qué es tanto preámbulo?

LENO: Cuando mi madre murió, para decírmelo el que me llevó la nueva, me trajo más redeos que tiene vueltas Pisuerga ó Zapardiel.

TROYCO: Pues yo ni tengo madre, ni la conocí, ni te entiendo.

LENO: Huele ese pañuelo.

TROYCO: Y bien, ya está olido.

LENO: ¿A qué huele?

- TROYCO: A cosa de manteca
- LENO: Pues bien puedes decir aquí hué Troya.
- TROYCO: ¿Cómo, Leno?
- LENO: Para ti me la habían dado, para ti la enviaba revestida de piñones la señora Tymbria; pero como yo soy, y lo sabe Dios y todo el mundo allegado á lo bueno, en viéndola, así se me hueron los ojos tras ella como milano tras pollera.
- TROYCO: ¿Tras quién, traidor? ¿Tras Tymbria?
- LENO: Que no, válame Dios; que empapada te la enviaba de manteca y azúcar.
- TROYCO: ¿La qué?
- LENO: La hojaldra, ¿no lo entiendes?
- TROYCO: ¿Y quién me la enviaba?
- LENO: La señora Tymbria;
- TROYCO: Pues ¿qué la heciste?
- LENO: Consumióse.
- TROYCO: ¿De qué?
- LENO: De ojo.
- TROYCO: ¿Quién la ojeó?
- LENO: Yo, mal punto.
- TROYCO: ¿De qué manera?
- LENO: Asentéme en el camino.
- TROYCO: ¿Y qué más?
- LENO: Toméla en la mano.
- TROYCO: ¿Y luego?
- LENO: Probé a qué sabía, y como por una banda y por otra estaba de dar y tomar, cuando por ella acordé ya no había memoria.
- TROYCO: En fin, que te la comiste.
- LENO: Podría ser.
- TROYCO: Por cierto que eres hombre de buen recado.
- LENO: ¿A fe que te lo parezco? De aquí adelante, si trujere dos me las comeré juntas para hacello mejor.
- TROYCO: ¡Bueno va el negocio!
- LENO: Y bien reñido, y con poca costa y á mi contento. Mas ven acá: ¿quiés que riamos un rato con Tymbria?
- TROYCO: ¿De qué suerte?
- LENO: Puédesle hacer encreyente que la comiste tú, y como ella piense que es verdad, podremos después tú y yo reir acá de la burla, que reventará reyendo, ¿qué más quiés?
- TROYCO: Bien me aconsejas.
- LENO: Agora en fin, Dios bendijo los hombres acogidos á razón; pero dime Troyco: ¿sabrás desimular con ella sin reírte?
- TROYCO: ¿y de qué me había de reír?
- LENO: ¿No te parece que es manera de reir hacella encreyente que tú te la comiste, habiéndosela comido tu amigo Leno?
- TROYCO: Dices sabiamente; mas calla; vete en buen hora, que yo quiero dar vueltas sobre aquesta lagunas, que podrá ser con el arco matar alguna caza con que á la noche nos holguemos.
- LENO: Eso me contenta. Dí, Troyco; ¿quiés que le diga á la señora Tymbria que te haga otra un poquillo mayor que la traspuesta?
- TROYCO: Dí lo que quisieres.
- LENO: ¿Convidarme has á ella?
- TROYCO: ¿Y á que tengo de convidar, si tú eres tan bien comedido que aún ver no me las dejas?

- LENO: ¡Válame Dios! ¿Y como no sientes que comérmelas yo de buen comedimiento procede?
- TROYCO: Eso es verdad.
- LENO: Pues yo te prometo, si otra me encomendares, de ser más bien comedido.
- TROYCO: ¿Cómo, Leno?
- LENO: Que aun el olor donde me la dieren no te quedará allí si yo puedo.
- TROYCO: Hazlo ansí, y vete con Dios.
- LENO: En fin, diréle allá que has almorzado muy á tu sabor.
- TROYCO: Bien puedes.
- LENO: Retozándome va la risa de la burla que le tenemos de hacer si sabe disimular.

Fin

LA NEGRA LIVIANAPaso de Isacaro y la negra

- FULGENCIA: Sa la verdad, por cierto, que tenemo un poquito la color morenicas; mas costarse la voz un ojo y tuerto la otro y tenga la voz la faisón de mi caras.
- ISACARO: ¡Válame Dios! ¿Y no se ve? ¡La diferencia es boba.
- VIOLETA: Sí, sí; dígale aquesto á la ximia, y ponérsenos ha más hueca que pega con arracadas.
- FULGENCIA: ¡Ay, mandaria, testimoñera! Dígame, señor Sacaro: ¿yo la tiene la cara como ximia?
- ISACARO: Calla, señora Fulgencia; déjala devanear, que como es mochacha, no entiende lo que se dice. A mí, que te quiero como á mi vida, me pareces tú bién, que á los otros siquiera los cuelguen.
- FULGENCIA: Turo me lo conozco, turo me lo entiendes; ma samo corrido que delante que bien quiéresme ofrentar aquesa rapaza.
- ISACARO: Que por eso, señora Fulgencia, no se os dé un pelo que todos somos de casa, especialmente que ella es tan bien acreditada conmigo cuanto de su hermosura tengo noticia que no hay que paarar en nada.
- VIOLETA: Sí, sí, ¡válame Dios!, no tuviese ella un poquito la color de oliveta de Mallorca, que lo demás, ¿qué le falta?
- FULGENCIA: Mira, fiya, la pan morenicas llevas la terraz. Por ciertoz, señor Sacaro, la utro día me miraba con la pejo de señora Tymbria, y no lo digo poruqe labas, ni porque san yo, mas un cara, un cara, ¡mira vosa mercé!
- ISACARO: Sí guárdenos Dios.
- FULGENCIA: Pués ofrézcote á lo diabros, la diferencia la tienes.
- VIOLETA: A lo menos tiene la cara como la luna.
- FULGENCIA: ¿Pues qué mientes, muchacha?
- VIOLETA: ¿No digo yo, señora Fulgencia, que miente vuesa merced? Que no hay diferencia de su cara á la luna cuando está eclipsada, querrá ella decir.
- FULGENCIA: ¡Ay, maldita que te veas, picudas, maliciosas!
- ISACARO: Mejor me pareceria pasar el tiempo en otra cosa que no amordazaros con palabras. Pero dime, señora Fulgencia: ¿tiéneste la voz que solías tener?
- FULGENCIA: ¡Ay, señor mío Jesús! Agora mejor que nunca, por ciertos.
- ISACARO: Pues hágame una merced, que yo tañaré mi guitarra, que cante un poquito.
- FULGENCIA: Guárdeme Dios na diabro, no me la manda. ¿No mira que samo refriados y pechigona?

- ISACARO: Como quiera, señora Fulgencia, parecerá bien.
- FULGENCIA: ¡Ay, señor! Y tanto me la jura, que no sa razón quebrantomos juramentos, aunque á mi ánima que me na cupa mucho na vergüenza.
- VIOLETA: Entónosenos la lechuza.
- FULGENCIA: Ora vaya; tañe la Comendaforas.

Canción

La Comendadoras	enora mala
por mi mal me ví,	para la vosotros
amarga te veas	quien no la daba
cuitara de mí.	y á lo pajasicos
La comendadoras	que van pos de ti
de Casalava	La Comendadoras.
Salí de Sevilla	

- ISACARO: La merced, señora Fulgencia, ha sido muy grande para todos, especialmente para mí; pero porque es tarde, quiero dar la vuelta, ques hora de recoger el ganado. Señora Fulgencia ¿querráme abrazar?
- FULGENCIA: ¡Jesú, Jesú, tal decir á una dueñas tan honradas como yo la so!
- VIOLETA: Hágalo, por vida de la cuerva.
- FULGENCIA: ¡Ay, putiñas, cabuetas, descaradas!!
- ISACARO: ¡Eh, que aquí bien puede pasar!
- FULGENCIA: ¡Quítate allá, arredro vaya, mal beso, mal diablo!
- ISACARO: Adiós, mi señora Fulgencia,
- FULGENCIA: Sí, por ciertoz; muy contento va goras por brazarme.
- VIOLETA: ¡Válame Dios! Es para perder el seso.
- FULGENCIA: ¿No callarás, putilla? ¡Ay, qué mala muchacha! ¡Qué mal brasada te veas aquesa yengua! Aunque Dios la quiera hacer merced á la personas, no podemos contigo.
- VIOLETA: ¡Sí? ¡Guárdenos Dios! Está el otro que se muere por tí.
- FULGENCIA: Yo me la sanare á la lumbre de mi caras y de mí ojos.
- VIOLETA: Anda, vamos, acabemos.
- FULGENCIA: ¡Ay, señor! Pléguete á voz que ante que la terra la echa sobre la ojo, me vea yo casados con mí queridos.

Fin

El olvidado de sí mismoPaso de Mesiflua y Leno

- LENO: Muchas veces ajorman los hombres cosas que les valdría más estar cuartanarios en la cama y aun quintanarios. Mirad, por vida vuestra, quién le mandaba á mi amo cuando me envió por aquella carga de aulagas para calentar el horno, tantas retartalillas ni tantos retruécanos. Parésceme á mí que para un hombre discreto y agudo como yo, bastaban el tercio de las palabras, que de cansado de rumiallas á la sombra de un lentisco me adormí, y despertado, me hallé sin asno y enjaquimado desta suerte. ¡Válame Dios! Si por mi mala suerte algunas estantiguas me han convertido en asno, adobado está Leno. ¡Ah! Plegue á ti, ángelo Miguelo, que me depares alguno que me conzca y desengañe quien soy. ¿Oiste quién sale allá? Quiero llamar— ¡Ah, señora!
- MESIFLUA: ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?
- LENO: Eso querría yo saber.
- MESIFLUA: Qué, ¿tu nombre propio no sabes?
- LENO: Pus si lo supiese, ¿qué me faltaba?
- MESIFLUA: ¿Dónde has partido hoy, ó quién te puso ese rebozo?
- LENO: Yo creo que de casa de mi amo Sulco.
- MESIFLUA: Pues ¿á qué saliste de casa de tu amo, ó cuándo?
- LENO: Ayer salí antes que el sol.
- MESIFLUA: ¿Por qué íbas?
- LENO: Si soy el que pienso, por una carga de aulagas para calentar el horno, porque estaba ya el pan masándose cuando salí de casa.
- MESIFLUA: Y ¿cuándo se había de cocer el pan?
- LENO: Ayer había de estar cocido, que dos días ha que por no haber polvo de harina en casa nos dábamos al ayuno.
- MESIFLUA: ¡Buen recado se tiene la gente de tu amo con tal priesa! Pero agora, ¿qués lo que quieres, ó qué buscas?
- LENO: Querría saber quién soy ó como me llamo.
- MESIFLUA: ¿De qué manera quiés sabes aquello de mí?
- LENO: ¿De qué manera? Que yo me volveré acullá la cara y llamarme heis por mi nombre, y si os respondiese, yo debo de ser.
- MESIFLUA: ¿Y si no respondes?
- LENO: Si no respondiere á Leno, daré conmigo en casa de algún saludador y rogaréle que me conjure que quizá debo ser el álma del mozo de Sulco, que cuando se echó a dormir le debieron de matar y enjaquimar.
- MESIFLUA: Bién dices. ¿Por qué nombre quiés que te llame?
- LENO: Cuando era vivo, Leno me llamaban.
- MESIFLUA: Pues calla y llamaréte.
- LENO: Déjame volver de espaldas.
- MESIFLUA: Vuélvete.
- LENO: Héme aquí. ¡Sus!, Bien me podéis llamar.
- MESIFLUA: ¡Leno!
- LENO: Alzá un poquito más la voz.
- MESIFLUA: ¡Leno!
- LENO: ¿Qué os praz?
- MESIFLUA: ¡Ah! ¿Ves como eres tú?
- LENO: Sí, si, yo soy, yo soy. ¡Oh, bendito aquel que me dejó hallar! En mi vida me había visto tan confuso.
- MESIFLUA: Y agora, ¿qué quieres hacer?
- LENO: Desllorarme á mi y comenzar á llorar al asno, que creo ques el perdido, y entraréme en casa.
- MESIFLUA: Ve norabuena.

- LENO: Reventado muera yo si de aquí adelante no me hago poner un escrito en las espaldas que diga cuyo soy y cómo me llamo y en qué barrio moro como sueles poner á los niños cuando comienzan a caminar.
- MESIFLUA: Bravamente se nos asigna y acerca el tiempo donde mi hermano Abruso y yo en nuestras libertades seremos restituidos; pero antes que el término llegue, será menester proveer otra cosa. Isacaro y Urbana, sobrinos míos, están sobre celos de Tymbria, la pastora, amordazados y éste es el lugar donde ha de ser su pempetencia. El alárabe que á mi sobrina crió ha con su sabiduría proveído en cómo por mi mano, arrojando aquesta flor en el suelo, de tal sueño sean todos oprimidos que de sí no sepan; y más que Asobrio con Isacaro por mi mano sean metidos y enlazados en el tucoco del robre, donde mi hermano Abruso está encantado y detenido, para que á un mismo tiempo ellos se conoscan y todos queden libres.

(Vase Mesiflua y salen Troyco y Leno, simple.)

Fin

EL EMPAJADO

Paso de Troyco y Leno

- TROYCO: Mira, Leno, que no estoy de tu temple; déjame, que ni he visto el asno, ni sé qué se ha hecho, ni sé qué te responda.
- LENO: ¿No harás una cosa por amor de mí, hermano Troyco?
- TROYCO: Sí; ¿qué quiés que haga?
- LENO: Que entres en el estabro y sepas dél como nos perdimos el uno del otro, ó por qué camino echó su merced, y si viene despeado, y qué le aconteció en el camino, y todo lo último de su sucedimiento.
- TROYCO: ¿Y de quién tengo que saber aqueso?
- LENO: Del asno; anta ve.
- TROYCO: ¿No digo que no está en casa?
- LENO: Aqueso es peor.
- TROYCO: Entra tú allá y pregunta á esos mozos de casa si por ventura haya venido.
- LENO: ¡Mi madre! No me conocerá ya ninguno.
- TROYCO: ¿Por qué no te han de conser?
- LENO: Debo venir muy barbado.
- TROYCO: ¿Cuándo saliste de casa?
- LENO: Ayer de mañana.
- TROYCO: Pues ¿desde ayer de mañana no te habían de conser?
- LENO: ¡Mira qué milagro tan grande!; no me conocía yo proprio, ved cómo diabros me conocerán los que no soy yo. Pero dime: ¿Está señor en casa?
- TROYCO: Pienso que sí.
- LENO: ¿Y podré entrar yo sin que me vea?
- TROYCO: Bien podrás.
- LENO: ¿Hame prometido algo de ayer acá, si sabes?
- TROYCO: ¿Qué te había de prometer?
- LENO: Alguna tarea.
- TROYCO: ¿Y de qué?
- LENO: ¿Es vivo aquel cayado largo que él suele traer?
- TROYCO: En la mano se lo dejé yo agora.
- LENO: Ya me parece que le siento andar tomándome la medida destas costillas, como suele; mas buen remedio.
- TROYCO: ¿Qué remedio?

- LENO: Colarme en la pajiza y soterrarme muy bien en la paja, y en llegando allí cualquiera que me vea, hacelle encreyente que soy ratón de las Indias.
- TROYCO: Bien has dicho; anda, vete.
- LENO: Troyco, no dejes deirme á ver si se tardaren mucho en sacar paja, que allí me hallarás, y no te descuides de llevarte algo en las manos que el estómago tengo hecho levadura de pura hambre, y por excusar los palos holgaré de estarme allí hecho ermitaño de pajar.
- TROYCO: Bien harás; ve con Dios.
- LENO: Tomara yo agora otra mantecada como la de marras, aunque nunca Dios la dejara tener canela y azúcar.
- TROYCO: Aqueste es el lugar adonde el loco de Isacaro y yo quedamos que nos veríamos. Grandes son los celos que aqueste zagal tiene de mí, el cual si tuviese entendido quién soy, bien cierto sé que de tal liviandad estuviese su corazón bien asegurado. Pero ¡ay, cuitada, cuán encogido linaje es el mío!, pués para mi honestidad, más lícito me será morir aquí á sus manos, cuando mi contraria fortuna en tal trance me pusiere, que no por temor de la muerte darme a conocer quién yo sea. Gran sueño me acude: ¿qués esto? Recostarme quiero aquí un poco entretanto que me viene mi contrario.
- (Echase a dormir y sale Isacaro.)

fin

=

EL RATON MANSOPaso de Leno y Sulco, su amo, sobre el ratón

- SULCO: ¡Oh, hideputa, perro! ¡Qué diligente mozo! ¡Aguardaldo con la carga de la leña! ¿Parécete bien que á estar sin comer en casa que estuviéramos frescos? Habla: ¿de qué enmudeces? ¿Qué hacías escondido en la pajiza? ¿De el asno? ¿Dónde lo has dejado? ¿Qué es aquesto? ¿No hablas? ¿Oyes? Dame acá aquel látigo con el que yo hago hablar á los mozos.
- LENO: Aqueso seña si yo huese mozo, como vuesa merced dice.
- SULCO: ¡Bendito aquel que os ha hecho hablar! Pués ¿quién sois, señor?
- LENO: Señor, soy de lejos de aquí.
- SULCO: ¿De dónde?
- LENO: Por la mar he venido.
- SULCO: ¿De dónde vinistes?
- LENO: De las ínsulas.
- SULCO: ¿De las ínsulas? Jurara yo que érades Leno, un mozo que yo había enviado por una carga de aulagas.
- LENO: Engañado vive vuesa merced, que no soy, por mis pecados, sino ratón de las Indias.
- SULCO: ¿Ratón? Mucho habéis criado para ratón.
- LENO: Señor, soy criado en la tierra gruesa.
- SULCO: ¿Qué tierra gruesa es la vuestra?
- LENO: Señor, en mi tierra hay hombres que tienen en cada dedo cincuenta y dos coyunturas.
- SULCO: Muy grandes son esos hombres; á esa cuenta pasarán de palmo de vara. ¿Y qué hay de coyuntura á coyuntura?
- LENO: Señor, hay de una coyuntura a otra dos varas y media.
- SULCO: Si tan grandes son como vos los ratones de vuestra tierra, los gatos que los cazaren, ¿de qué tamaño pueden ser?

- LENO: Señor, serán de quince leguas de largo.
- SULCO: ¿Y de ancho?
- LENO: Veintidós.
- SULCO: ¿Cómo es posible ser más anchos que largos?
- LENO: Porque son hechos ancho por largo.
- SULCO: ¿Y qué hacíades vos en mi pajiza?
- LENO: Señor, entréme huyendo de un cabo de guaita.
- SULCO: Ora bien está. Atenle al brocal de aquel pozo y no le den de comer bocado hasta que venga quien le conozca.
- LENO: Señor, no me aten, que ratón manso soy. Llévenme á la cocina, si vuesa merced mandare, y asiéntenme cabo las ollas por que asombre á los gatos.
- SULCO: No curéis; hágase lo que yo mando; amárrenle valientemente y no le den á comer sino algunas sobras de lechugas, ó cercenaduras de caldos ó otras cosas livianas, por que amengle de cuerpo.
- LENO: El demonio me ha hecho hablar, si por huir de un hoyo cae hombre en otro mayor. Déjeme y fie de mi palabra, que yo mismo me voy á amarrar.
- SULCO: Tira, pues.
- TYMBRIA: Bien hallado, padre señor.
- SULCO: En dichosísimos hados seas allegada, amada Tymbria. ¿Pues cómo se ha pasado hoy el día, amiga?

Fin

Departamento de Drama
Universidad de Puerto Rico
15 de mayo de 1984

brr

273

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE DRAMA

Seminario de Drama

PASO DE LAS ACEITUNAS

de Lope de Rueda

PERSONAJES

TORUVIO, simple, viejo

MENCIGUELA, su hija

AGUEDA DE TORUEGANO, su mujer

ALOXÁ, vecino

- TORUVIO Válgame Dios y qué tempestad ha hecho desde el requiebrajo del monte acá, que no pareció sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abaxo! Pues dezi agora: ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi muger? Assí mala ravia la mate! - ¿Oíslo? Mochacha Menciguela! Si todos duermen en Camora. - Agueda de Toruegano! ¿Oíslo?
- TORUVIO Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?
- MENCIGUELA..... Allá está en casa de la vezina, que le ha ido á ayudar a coser unas madexillas.
- TORUVIO..... Malas madexillas vengan por ella y por vos! Andad y llamaadla.
- AGUEDA Ya, ya, si de los misterios, ya viene de hazer una negra carguilla de leña, que no hay quien se avergue con él.
- TORUVIO..... Si ¿carguilla de leña le parece á la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla y no podíamos.
- AGUEDA..... Ya, nermaca sea, marido, y qué mojado que venís!
- TORUVIO..... Vengo hecho una sopa dagua. Muger, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.
- AGUEDA ¿Yo qué diables os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?
- MENCIGUELA..... Jesús, padre, y qué mojada que venís aquella leña!
- TORUVIO..... Si, después dirá tu madre que es el alva.
- AGUEDA..... Corre, mochacha, adrécale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Y os asseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de azeitunas que rogué que plantásedes.
- TORUVIO..... Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogaste?
- AGUEDA..... Callad, marido: ¿y adónde lo plantastes?
- TORUVIO..... Allí junto a la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os di un beso.
- MENCIGUELA..... Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrecado todo.
- AGUEDA..... Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de azeitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro o cinco hanegas de azeitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco ó treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.
- TORUVIO..... Eso es la verdad, muger, que no puede dexar de ser lindo.
- AGUEDA..... Mirá, marido: ¿sabéis que he pensado? Que yo cogere el azeituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Menciguela la venderá en la placa. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el calenín de á dos reales castellanos.

TORUVIO..... ¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No vais que cargo de consciencia y nos llevará al amotazón cada día la pena, que basta pedir a catorze o quinze dineros por celemin?;

AGUEDA..... Callad, marido, que el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO..... Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA..... Ora no me quebreis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que te mando que no las des menos el celemin de a dos reales castellanos.

TORUVIO.... ¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGUELA.... A como quisierades, padre.

TORUVIO.... A catorze o quinze dineros.

MENCIGUELA... Assi lo haré, padre.

AGUEDA..... Cómo assi lo haré padre?" Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGUELA... A como mandárades, madre.

AGUEDA..... A dos reales castellanos.

TORUVIO..... ¿Cómo a dos reales castellanos? Y os prometo que si no hazéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGUELA.... A como dezis vos, padre.

TORUVIO..... A catorze o quinze dineros.

MENCIGUELA..... Assi lo haré, padre.

AGUEDA..... ¿Como "assi lo haré padre?" Tomá, tomá, hazé lo que vos mando.

TORUVIO..... Dexa la mochacha.

MENCIGUELA..... Ay madre: ay, padre, ~~que me mata!~~

ALOXIA..... ¿Qué es esto, vezinos? ¿Por qué maltratáis ~~assi~~ la mochacha?

AGUEDA..... Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio y quiere echar á perder mi casa: unas azeitunas que son como nuezes!

TORUVIO..... Yo juro a los huesos de mi linage que no son ni aun como piñones.

AGUEDA..... Sí son.

TORUVIO..... No son.

ALOXIA..... Ora, señora vezina, hazeme tamaño plazer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA..... Averigue ó póngase todo del quebranto.

ALOXIA..... Señor vezino, Qué son de las azeitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO..... Que no, señor; que no es dessa manera que vuessa merced se piansa, que no están las azeitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOXIA..... Pues traeldas aquí, que yo las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGUELA... A dos reales quiere mi madre que se venda el celemin.

ALOXIA..... Cara cosa es éssa.

TORUVIO..... ¿No le parece á vuessa merced?

MENCIGUELA Y mi padre á quinze dineros.

ALOXIA..... Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO..... Válame Dios, señor! Vuessa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de azeitunas, y dize mi muger que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de azeitunas, y quella la cogería, y que yo la acarreasse y la mochacha la vendiesse, y que a fuerca de drecho había de pddir a dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOXIA..... Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las azeitunas no están plantadas y ha llevado la mochacha tarea sobre ella!

MENCIGUELA... ¿Qué le parece, señor?

TORUVIO..... No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yos prometo de hazer un sayuelo de las primeras azeitunas que se vendieren.

ALOXIA..... Ahora andad, vezino, entraos allí adentro y tened paz con vuestra muger.

TORUVIO..... Adiós, señor.

ALOXIA..... Ora, por cierto, qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las azeitunas no están plantadas, y ya las avemos visto reñidas. Razón será que dé fin á mi embaxada.

F I N

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS